

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

HERMÓN

6

Hermón. Caballo de Troya 6, uno de los libros más esperados, tampoco le dejará indiferente. Más aún: en palabras del autor, «si usted no dispone de una mente abierta..., no lo lea. Sus creencias se desequilibrarán».

En esta nueva entrega —siguiendo el diario del mayor norteamericano—, J. J. Benítez, entre miles de datos técnicos e históricos rigurosamente comprobados, le adentrará en capítulos que fueron sospechosamente silenciados por los evangelistas.

Apariciones de Jesús de Nazaret tras su resurrección: ¿sabía usted que fueron muchas más de lo que cuentan los Evangelios?

Primer cisma entre los discípulos: ¿por qué nadie habló de ello?

Análisis del ADN: otra demoledora «sorpresa»...

Por último, el ansiado tercer «salto» en el tiempo y la apasionante aventura del reencuentro con el Maestro.

Un libro duro, valiente y tierno en el que el Hijo del Hombre aparece de nuevo, fascinando con sus palabras y su irresistible humanidad.

*A Manolo Molina, Manu Larrazabal,
Arsenio Álvarez, Manolo Audije
y Julio Marvizón, que hicieron más
llevaderos los 111 días que permanecí
escribiendo «Hermón».
Sé que el JEFE lo tendrá presente...*

SEIS AÑOS DE SILENCIO

Nunca, en los treinta y dos libros anteriores, había experimentado tanto miedo. Pero ¿a qué? No lo sé muy bien. Miento. Claro que lo intuyo. Es terror a franquear una puerta que cerré un 18 de septiembre de 1989. En aquella fecha —«siendo las veintiuna horas»— daba por concluido Caballo de Troya 4. Y hoy, siendo las once horas del miércoles, 1 de noviembre de 1995, esa puerta ha sido empujada de nuevo. Y el miedo, como digo, me tiene acobardado. Un miedo justificado, supongo. Miedo porque, en estos largos seis años, los ojos interiores se han abierto providencial y definitivamente. Miedo porque, al fin, he captado el magnífico y esperanzador mensaje del Protagonista de esta obra. Miedo, en suma, a no saber transmitir la genial verdad de Jesús de Nazaret: existe un Dios-Padre que ama, dirige y sostiene. Miedo a enfrentarme a una historia que es mucho más que una historia.

Resulta reconfortante. Ahora, querido Padre, querido «Ab-bā», comprendo y te comprendo. El presente relato no podía ser atacado en tanto en cuanto servidor —el instrumento— no hubiera hecho suya la esencia que perfuma y define la llamada vida pública del Maestro: «que se haga la voluntad del Padre». Una idea —la gran idea— que motorizó su existencia terrenal.

Y ese Dios-Padre, en otro alarde de paciencia y sabiduría, me ha dejado reflexionar y madurar sobre ello, nada menos que durante seis años. Seis años de silencio, de du-

das, de sufrimiento, de comprobaciones en cadena y de una íntima e indefinible alegría al verificar —una y otra vez— que, en efecto, todos estamos sentados en las rodillas de un Padre que «sabe»..., antes de que acertemos a despegar los labios.

*Debo confesarlo. Cada vez que puse manos a la obra, luchando por abrir la puerta del siguiente Caballo de Troya, una fuerza firme y sutil me apartaba sin concesiones. Recuerdo media docena de intentos. Y sólo cuando mi corto conocimiento apareció justa y sólidamente forjado en el yunque de la voluntad del Padre, sólo entonces ha sido posible esta nueva y fascinante aventura. Pero, supongo que desconfiado (y no le falta razón), antes de regalarme su confianza, el Padre Azul decidió someterme a una última prueba. Y en 1994 este aturdido mensajero se desnudaba en público, sacando a la luz uno de sus libros más querido: *Mágica Fe*. Una suerte de ensayo general de lo que ahora comienza. Y estoy convencido: la serie de los Caballos de Troya vive gracias a esa mágica fe.*

He aquí la única explicación a tan dilatado silencio. Era preciso que, antes de desvelar cuanto me ha sido dado, me hallara entrenado y en sintonía. Y aun así —que el Padre me disculpe— siento miedo.

J. J. BENÍTEZ

SÍNTESIS DE LO PUBLICADO

Enero (1973)

Las Fuerzas Aéreas Norteamericanas inauguran la operación secreta denominada *Caballo de Troya*. Un ambicioso proyecto científico que sitúa a dos pilotos en el año 30 de nuestra era. Concretamente, en la Palestina de Jesús de Nazaret.

El objetivo es tan complejo como fascinante: conocer de primera mano la vida y los pensamientos del llamado Hijo del Hombre.

Jasón y Eliseo, responsables de la exploración, viven paso a paso —casi minuto a minuto— las terroríficas jornadas de la Pasión y Muerte del Galileo. Y comprueban que muchos de los sucesos narrados en los textos evangélicos fueron deformados, silenciados o mutilados.

Tras el primer «salto» en el tiempo, Jasón, el mayor de la USAF que dirige la operación y autor del diario en el que se narra esta aventura, experimenta una profunda transformación. A pesar de su inicial escepticismo, la proximidad del Maestro conmueve sus cimientos interiores.

Marzo (1973)

Los responsables de *Caballo de Troya* deciden repetir el experimento. Algo falló...

Además, en el aire han quedado algunas incógnitas. Una, en especial, estimula la curiosidad de los científicos: ¿qué ocurrió en la madrugada del domingo, 9 de abril del año 30? ¿Cómo explicar la misteriosa desaparición del cadáver del rabí de Galilea?

Jasón entra de nuevo en Jerusalén y asiste, perplejo, a varias de las apariciones del Maestro. La desconcertante experiencia se repite en la Galilea. No hay duda: el Resucitado es una realidad física... Esta vez, la Ciencia no tiene palabras. No sabe, no comprende el cómo de aquel «cuerpo glorioso».

Jasón se aventura en Nazaret y reconstruye la infancia y la mal llamada «vida oculta» de Jesús. Idéntica conclusión: los evangelistas no acertaron a la hora de narrar esas trascendentales etapas de la encarnación del Hijo de Dios. La adolescencia y madurez fueron más intensas y apasionantes de lo que se ha dicho o imaginado.

El mayor va conociendo y entendiendo la personalidad de muchos de los personajes que rodearon al Galileo. Jamás, hasta hoy, se había trazado un perfil tan minucioso y exhaustivo de los hombres y mujeres que participaron en la obra del Maestro. Es así como *Caballo de Troya* desmitifica y coloca en su justo lugar a protagonistas como María, la madre de Jesús, Poncio o los íntimos.

Pero la aventura continúa. Deseosos de llegar hasta el final, de conocer, en suma, la totalidad de la vida pública o de predicación de Jesús de Nazaret, los pilotos norteamericanos toman una drástica decisión: actuarán al margen de lo establecido oficialmente. Y aunque sus vidas se hallan hipotecadas por un mal irreversible —consecuencia del propio experimento— se preparan para un tercer «salto» en el tiempo. Una experiencia singular que nos muestra a un Jesús infinitamente más humano y divino. Un Jesús que poco o nada tiene que ver con lo que han pintado o sugerido las religiones y la Historia...

CABALLO DE TROYA 6

EL DIARIO (SEXTA PARTE)

18 DE MAYO, JUEVES (AÑO 30)

Me equivoqué, sí... Una vez más...

Pero Eliseo, mi entrañable compañero, supo esperar. Supo escuchar. Supo comprender. E hizo fácil lo difícil.

Como creo haber mencionado, los recuerdos, a partir de esa mañana del jueves, 18 de mayo, son confusos. Algo me transformó y dominó. Abandoné precipitadamente la Ciudad Santa y, olvidando la misión, galopé sin descanso.

El Maestro nos esperaba...

Su amor nos cubriría...

¿Qué había sucedido en aquella larga y postrera presencia del rabí? Mejor dicho, ¿qué me había ocurrido? No era yo. No era el científico que, supuestamente, debía valorar, contrastar y juzgar. Algo singular, en efecto, se instaló en mi corazón. En mi mente sólo brillaban un rostro, una frase y un guiño de complicidad...

«¡Hasta muy pronto!»

Estaba decidido. Lo haríamos..., ¡ya! Adelantaríamos el ansiado tercer «salto» en el tiempo. Él nos esperaba.

Pobre *Poseidón*. Apenas si le concedí descanso.

La cuestión es que, bien entrada la noche, Eliseo me recibía desconcertado. Y durante un tiempo —en realidad, todo el tiempo—, atropelladamente y sin demasiado acierto, intenté dibujar lo acaecido en el piso superior de la casa de los Marcos y en la falda del monte de las Aceitunas. Mi hermano, como digo, comprendiendo que algo no iba bien, se limitó a escuchar. Dejó que me vaciara. Después,

tras una espesa pausa, señaló hacia las literas, sentenciando:

—Descansemos... Demos a cada día su afán. Mañana decidiremos.

A qué negarlo. Me sentí decepcionado. Insistí.

—Él nos espera...

No hubo respuesta. Yo sabía de su ardiente deseo. Él, como yo, había planificado la nueva aventura con tanta precisión como cariño. Sin embargo... Ahora le comprendo y bendigo su templanza.

Ahí murió mi fogosa defensa. El cansancio tomó entonces el relevo y se hizo el silencio. Lo último que recuerdo es a un Eliseo de espaldas, enfrascado en la revisión de los cinturones de seguridad que peinaban la solitaria cumbre del Ravid.

Sí, mañana decidiríamos...

19 DE MAYO, VIERNES

Eliseo, prudente, me dejó dormir. Fue un sueño dilatado. Profundo. Vivificador. Un descanso que hizo el prodigio. ¿O no fue el sueño? Veamos si soy capaz de explicarme...

La nueva mañana se presentó espléndida. Luminosa. Los sensores de la «cuna» ratificaron lo que teníamos a la vista. Temperatura, a las 9 horas, 18° centígrados. Humedad relativa a un 47 por ciento. Visibilidad ilimitada. Viento en calma.

Sí, una jornada primaveral..., y distinta. Al principio, como venía diciendo, atribuí el cambio al sereno y reconfortante sueño. Pero, al poco, al asomarme a la plataforma rocosa del «portaaviones», empecé a intuir que allí ocurría algo más... Las palabras, una vez más, me frenan y limitan.

Era una sensación. ¿O debería hablar de un estado? Casi no recordaba al Jasón del día anterior. Aquella fogosidad, aquel ciego empeño por abordar el tercer «salto», parecían ahora una lejana pesadilla. Algo irreal.

¡Dios, cómo explicarlo!

Por supuesto, lo contrasté con mi hermano. Y estuvo de acuerdo conmigo. Él también lo había percibido. Fue aparentemente súbito, aunque sigo teniendo serias dudas...

Era, sí, como si «algo» invisible, superior, benéfico y sutil se hubiera derramado en nuestros corazones. «Algo» que, obviamente, en esos instantes, no supimos definir.

Era, sí, una sólida e implacable sensación de seguridad. Una seguridad distinta a cuanto llevaba experimentado.

Una seguridad en mí mismo y, en especial, en lo que llevaba entre manos. Una extraña e inexplicable mezcla de seguridad, paz interior y confianza. Todo se nos antojó distinto. Y al principio, quizá por un estúpido pudor, ninguno de los dos nos atrevimos a mencionar la palabra, el espíritu — no sé cómo describirlo—, que aleteaba en mitad de aquella «sensación». Fue mi hermano quien, valientemente, abrió su corazón...

—No consigo entenderlo —manifestó—, pero ahí está... Algo o alguien ha abierto mi mente... Y sé que mi vida ya no será igual... Su espíritu, sus palabras y sus obras se han instalado en todo mi ser...

Entonces, arrodillándose, exclamó:

—¡Bendito seas..., Jesús de Nazaret!

Días después, al reanudar las misiones que habían quedado en suspenso, al saber, en definitiva, lo ocurrido y vivido por los íntimos del Maestro en Jerusalén, empecé a sospechar. Y hoy sé quién fue el responsable de aquella cálida y poderosa «sensación». Hoy sé que también fuimos partícipes del magnífico «regalo» del Maestro. Un «obsequio» varias veces prometido y que llevaba un nombre mágico: el Espíritu de la Verdad. Pero no adelantemos los acontecimientos...

No había tiempo que perder. Así que, ante mi propio desconcierto y la estampa feliz y radiante de Eliseo, procedimos a un reposado y minucioso análisis de la situación. Y de forma espontánea arrancamos por lo prioritario. Mi alocada fuga de la Ciudad Santa acababa de arruinar uno de los objetivos de la misión oficial: el seguimiento de los discípulos tras la mal llamada «ascensión». ¿Qué fue lo ocurrido durante la célebre fiesta de Pentecostés? ¿Se produjo realmente el advenimiento del Espíritu? Más aún: ¿qué era exactamente esa misteriosa entidad? ¿Podíamos dar credibilidad a los fantásticos sucesos narrados por Lucas? ¿Qué sucedió en el cenáculo? ¿Vieron los allí reunidos las increí-

bles lengua de fuego? ¿Hablaron los íntimos del Maestro en otros idiomas?

Para intentar despejar estas incógnitas sólo quedaba un único medio: hacer acto de presencia en Jerusalén y, con paciencia y tacto, reunir toda la información posible.

Segundo y no menos delicado asunto: la denominada Operación *Salomón*. Aquélla, justamente, era otra de las claves de este segundo «salto». No podíamos fallar. Pero el arranque de la misma se hallaba sujeto a mi retorno a la «base-madre-tres». Eliseo y quien esto escribe repasamos y valoramos una y otra vez el tiempo de permanencia de este explorador en la Ciudad Santa. Finalmente nos rendimos. No había forma de precisar. Todo dependía de un cúmulo de factores, a cual más endeble e inseguro. Pero, guiados por esa férrea y recién estrenada «fuerza» que nos invadía en manos de Ab-bā, el Padre de los cielos...

Curioso. ¡Vaya par de científicos!

Eliseo y yo nos miramos, estupefactos. ¿Desde cuándo confiábamos en el criterio y en la voluntad Ab-bā? Lo increíble es que ninguno se sintió incómodo. Todo lo contrario. Lucharíamos, sí. Eso estaba claro. Pero, a partir de un punto, si la inteligencia o las fuerzas flaqueaban, el asunto pasaría a su jurisdicción. Sí, no cabe duda. Algo habíamos aprendido del Maestro...

Tercer problema. Mejor dicho, doble tercer problema: la amenaza de Poncio y el irritante asunto de la escasez de fondos.

El gobernador, como anunciara el *prímipilus*, no descansaría hasta capturar al «poderoso mago» que había osado dejarle en ridículo. La verdad es que poco podía hacer. Amén de las ya habituales y conocidas medidas personales de seguridad, sólo me restaba extremar la prudencia y confiar...

Eliseo, discreto, no deseando cargar mi ánimo, aligeró de hierro el conflicto, recordándome algo que ya sabía:

—Resistiremos... Con el tercer «salto», todo eso desaparecerá.

Otra cuestión fue el enojoso dilema planteado por el ópalo blanco. En principio, yo había perdido una primera oportunidad de canjearlo en Jerusalén. Sin embargo, contemplando las sensatas recomendaciones del anciano Zebedeo, advirtiéndome sobre las torcidas intenciones y la rapacidad de banqueros y cambistas, ya no estuve tan seguro. Es más: Eliseo se congratuló ante la aparentemente loca huida de la Ciudad Santa. ¿Qué hacer entonces con aquella valiosa gema? Como se recordará, según Claudia Procla, gobernadora, la pieza fue tasada en unos dos millones de sestercios (algo más de trescientos treinta mil denarios-plata). Toda una fortuna...

Podía arriesgarme a viajar a Jerusalén con ella. Podía, incluso, negociar la venta. Pero ¿era aconsejable el transporte de tan abultado y pesado cargamento de monedas hasta la «cuna»?

Mi hermano se negó en redondo. El sentido común le dictaba cautela. Esperaríamos.

Fue entonces, al llevar a cabo el recuento de las menudas reservas existentes en la bolsa de hule, cuando aquellos exploradores, lejos de caer en un más que lógico desánimo, rompieron a reír.

Otro indicio, sí, de que «algo» espléndido y prometedor estaba naciendo en lo más profundo...

Eliseo acarició las monedas y cantó por segunda vez:

—Diez denarios y veinte ases...

Y al mirarnos, inexplicable e irrefrenable, una risa contagiosa se desbordó de nuevo, colocándonos al filo de las lágrimas.

¿Desconcertante? No del todo. Hoy creo saber el porqué de tan paradójica reacción. En parte, la explicación fue apuntada por mi amigo en el siguiente y certero comentario:

—Tu «Jefe» tiene un problema...